

TEXTO NARRATIVO BREVE

Realism is a thing

Agustina Espasandín

Fotografías: Michael Buckner,
Stefania Rossini

FAUNA
2019

Esta obra obtuvo una mención especial en el
área Texto narrativo breve en el FAUNA 2019

Harry Dean Stanton viste como cowboy. Cruza el desierto de Arizona y levanta un polvo claro que queda suspendido en el aire. Todo lo que se oye es el sonido de sus pasos que remueven las piedras. Se detiene a pleno rayo de sol a encender un cigarrillo. El cigarrillo es blanco, la aridez se adivina. Es el tercero que fuma en siete minutos. Solo después de despedir la primera pitada reanuda el paso. Está yendo al bar local a tomar su desayuno. Todos estos años los cactus han estado ahí. Vivió rodeado de ellos, verdes y húmedos por dentro, mucho más altos que él. Mientras camina yo lo cuento. Suena una música ranchera compuesta solo por una armónica. Más adelante, cuando Harry Dean Stanton esté triste, será él quien la toque, solo, tarde por la noche, sentado en el sofá de su casa.

– Harry, no voy a dilatar esto, el tiempo se acaba y lo sabés mejor que nadie. Tengo que pedirte que hagas un esfuerzo y entiendas que tu tiempo es el mío, y cuando te vayas estaré perdida. Es por eso que debo hablar ahora. Sé que estás ahí, del otro lado, y no puedo jugar a la chica que suplica detrás de la puerta. Solo quiero que sepas que desde el primer momento me di cuenta de que eras vos, de que no hay interpretación. Estás en todo lo que hacés. Los tres cigarrillos esos los encendió Harry Dean. Solo por mencionar un ejemplo. La cámara te estaba tomando y no supiste mirar el desierto de otro modo que no fuese el tuyo. Porque te vi, Harry, es que ahora necesito hablar.

Ocupa siempre la misma banqueta, cuerina roja, de la barra del bar de Joe. No puedo saber cómo se llama la camarera negra y gruesa que lo atiende porque al saludarla, él le dice “muñeca”. A ella no le importa, trae un café con mucha crema y azúcar, como a Harry le gusta. Es ahí donde imagino mi entrada. Me siento a dos lugares de distancia para que cuando Muñeca me atienda, yo pueda decir que quiero un café igual al de Harry Dean. Él se vuelve para mirarme por encima de sus anteojos, la mandíbula colgando, pero no me habla. No todavía. Algo en mi juventud le genera desconfianza. De verdad deseo tanto estar ahí cuando Harry haga ademán de sacar un cigarrillo y Joe le diga que no puede fumar adentro. Es el número de todas las mañanas. Quiero estar ahí para decirle “Harry, salgamos a la puerta. Podemos llevar las tazas”.

Vuelve a casa haciendo siempre el mismo recorrido. El barrio es como él: algunas construcciones avanzaron con el tiempo, otras quedaron detenidas, negándose a salir del western. Es la hora de sus programas de tv. Aunque los mira sin sonido, es importante estar igual. Harry Dean sigue con sus palabras cruzadas pero hay una en la que se traba. Agarra el teléfono rojo que está junto a él en la mesa y marca un número. Supongo que alguien atiende del otro lado porque Harry habla y pregunta: “Realism is a thing?”. Llena los casilleros con letras y deja el tubo descolgado. Del otro lado de la habitación hay un atril con luz propia, ilumina un diccionario enorme. Harry lee: “Realismo. Sustantivo. La actitud o práctica de aceptar

una situación como es y estar preparado para afrontarla en consecuencia. Otra definición: La cualidad o el hecho que representa a una persona, cosa o situación que es fiel a la realidad". Harry vuelve a la mesa, toma el teléfono, dice "bueno", y corta.



Michael Buckner

- Yo te vi hacer eso, Harry, llamar para ser escuchado. Necesitás que haya alguien del otro lado para poder hablar. Fuiste vos el que habilitó este canal, esta forma unilateral de comunicación. Los dos sabemos que la respuesta no importa. Voy a demostrártelo una vez más: atardecía y vos fumabas en el sillón. Tu pelo estaba despeinado, las mechas finas y lacias te caían a los costados de la cabeza. Te giraste para apagar el cigarrillo y encontraste un retrato de cuando eras joven, de cuando eras un soldado apuesto de la segunda guerra. Lo agarraste y estuviste mirándote a vos mismo. Primero sonreíste, después lo pusiste boca abajo y te quedaste quieto pensando. Apagaste la tele y marcaste un número. Tenías el ceño fruncido cuando dijiste "Hey man, how you doing? Hey, I was just thinking about something I want to share with you, man. You got a minute?". Y contaste que cuando eras chico y vivías en Kentucky, tenías un rifle de aire comprimido. Que un día estabas afuera disparándole a las cosas, árboles y hojas, y había un pájaro cantando en una rama. Que apuntaste el arma solo para espantarlo, apretaste el gatillo, y el canto paró. Cuando dijiste que fue el momento más

triste de tu vida, vi de cerca tu expresión, tus cejas dibujaban un arco hacia abajo. "The silence that it threw into the world was devastating". No habías pensado en ese pájaro desde que eras un niño. Tus ojos estaban vidriosos, dijiste "All right. Thanks, man", y cortaste. Lo hiciste de nuevo, Harry Dean, inventar un interlocutor.

Hay un bar al que Harry va cuando anochece, la taberna de Elaine. Ella está contando una anécdota para los clientes que la escuchan en la oscuridad, cuando Harry entra con su sombrero de ala ancha y se sienta en la barra. Solo cuando Elaine termina de contar, el muchacho que prepara los tragos le pregunta si va a tomar un Bloody María. Harry contesta "por favor", es fanático del español. Uno de los tipos que están ahí todas las noches le pregunta cómo está y Harry Dean, querido, contesta: "Realism is a thing", y pronto está dando la definición que se aprendió de memoria y que enfatiza con las manos. Esa es su forma de empezar conversación. Es hermoso verlo ahí agarrando el vaso demasiado pesado para su mano que es puro hueso con apenas una capa de piel fina por encima. Es hermoso ver esa predisposición general para una buena charla. Por supuesto quiero ir y probar el trago de Harry, volverme una clienta habitual y con el tiempo encontrar mi propia bebida de todas las noches. La voz de Harry Dean es siempre baja y rasposa, un sonido que uno quisiera escuchar de fondo para siempre. De nuevo quiero estar ahí para cuando intente prender un cigarrillo puertas adentro. De nuevo ofrecerle salir a la puerta y estar, bajo la noche estrellada de Arizona, en el centro del frío de montaña, pero con el cuerpo caliente por el alcohol, fumando un cigarrillo al lado de Harry Dean.

- Harry, estuve buscando cómo llegar a vos. Abrí Google Maps por primera vez para poder acercarme. No sabía cuál era exactamente la distancia que hay entre nosotros. Apoyé el dedo en la pantalla y dibujé un recorrido desde América del Sur hasta la parte baja de Estados Unidos. Expandí el mapa satelital a la pantalla completa. Vi todo desde arriba. En el margen el Pacífico tenía dos colores, parecía espeso, como algo que se podría agarrar. Un color era el de la orilla y otro, el de la zona profunda. Arizona es pura arena, apenas algunos manchones de zonas verdes. Me dio miedo aterrizar, pensé que era imposible que hubiera algo ahí. Pero unas líneas amarillas se fueron dibujando y descubrí que todo tenía nombre. Los relieves del terreno se aclararon y los grupos de árboles quedaron definidos. Me lancé al desierto, estuve sola y vi grietas en la tierra. Antes de estrellar mi cara contra el suelo, volví a alejarme para buscar la civilización. Quisiera mostrarte lo que descubrí de Google Maps. Te imagino sentado al lado mío, una actitud reticente pero los lentes puestos. Hay una opción que se llama Street View. Se trata de una silueta amarilla que vos soltás en el lugar al que querés ir, y de repente apareces ahí. Es real, Harry, hay un mundo que aparece. Camionetas con caja estacionadas en veredas vacías, el metal cubierto por una capa de polvo. Casas bajas con jardines sencillos en la entrada, montañas a lo lejos. Busqué pasajes, Harry Dean. El precio apareció en pesos argentinos: \$27.538, la ida.

La muerte tomó a Harry de sorpresa. Esperaba al lado de la cafetera, y de repente desapareció. Se escuchó el ruido de la taza contra el suelo, y Harry se había desvanecido. El acontecimiento torció el rumbo de su día. Antes de ir al bar, pasa por el hospital a hacer un chequeo. El médico le dice que su presión está bien, que no hay huesos rotos ni señales de contusión. Su corazón y sus pulmones, intactos a pesar de que fuma un paquete por día. El médico no tiene explicación para eso, dice que es un misterio, una especie de anomalía científica. Descarta intentar convencerlo de dejar de fumar porque eso le haría más mal que bien. Es ahí, creo yo, cuando Harry empieza a darse cuenta. Pregunta "So that's it? I'm not dying?" y obliga al médico a que le diga lo que está pasando: Harry está viejo y seguirá envejeciendo. Aunque el diagnóstico lo ofenda, el cuerpo, de todos modos, va a averiarse en algún momento. Entonces acá estamos, asistiendo al momento en que a Harry le es revelada su condición de mortal. Cuando el médico le recomienda que contrate un asistente de vivienda, Harry contesta "I'm on my own", y agrega también, que hay una diferencia entre estar solo y sentirse solo. Su cuerpo está tan encogido sobre sí mismo en la camilla, mientras el médico le cuenta la historia de la vejez de su padre. Cuando Harry le pregunta cómo está ahora, le dice que murió hace un año. Todas las desconcertaciones juntas aparecen en el modo en que arruga el ceño en ese momento. Ahora Harry debe aceptar que todo este tiempo ha estado muriendo, y como tuvo una buena consulta, le regalan un chupetín colorado que desenvuelve en el momento y chupa hasta después que el médico abandona el consultorio.

- Algo de la escena en la que te frenás a mitad de cuadra en el recorrido de siempre de vuelta a casa, y te sentás en una silla en la vereda, me hace pensar. Que te levantás a acariciar el ovejero que está justo enfrente tuyo, en la puerta de una veterinaria. Que la empleada sale, saluda, y te pregunta si tenés mascotas. Cuando te explica lo de la búsqueda de hogar definitivo, la importancia de un lugar donde encallar, tu cuerpo reacciona solo, Harry, el torso se te va hacia atrás. Y vaya si lo entiendo, la fuerza de esas palabras pegándote en la cara. Cualquier cosa que de antemano se proyecte como definitiva es muy grave. Tengo una gata, Harry Dean. Sí, pero no soy esa clase de chicas No sé en qué pensaba cuando la dejé entrar, aunque supongo que en eso, en todas esas chicas y su capacidad de sentir amor. Se llama Vagina pero no hay nada de Vagina en ella. Nombrarla fue un acto de apropiación, de dar bautismo o comienzo a algo que en verdad no siento. La gata está de salida. Hace semanas que no la acaricio. Ahora mismo maúlla detrás de la puerta. Intento hacer de mi desinterés una cualidad definitoria de mi misma pero también hay derrota. Espero que pase el celo para castrarla y entonces dársela al vecino que la aceptó bajo esa condición. En la veterinaria me dieron una pastilla para que le de en esta semana previa a la operación. La mujer dijo que la pise y mezcle con dulce de leche, que se lo ofrezca con el dedo. Dulce de leche es una cosa típica de acá, algo para untar. Se hace con leche y azúcar, revolviendo al fuego. Es delicioso, Harry, y sin embargo ahí está: la marca de mi dedo para la gata

en el pote, y ni una probada más. Con las tartas pasó lo mismo. Los buenos propósitos se fueron antes de que pudiera darme cuenta. Las tartas fueron el signo de lo pasó: me fui quedando, Harry. La batalla de pensar las comidas diarias solía estimularme. Parece mentira que alguna vez yo haya sido una chica que bailaba en la cocina mientras tres hornallas cocían algo en simultáneo. Tenía una copa en la mano, un cigarrillo en la otra, sonaba música, estaba sola en centro del departamento, y meneaba, Harry. Cuando me di cuenta de que había abandonado la cocina, nadé contra mi propia corriente. Primero compré unas tapas hojaldradas, quedaron durante días en la heladera. ¿Podés por casualidad imaginarte lo que fue abrir después el paquete y ver que se habían secado? Se abrieron grietas insalvables en la masa cruda, y ahí, Harry, me di cuenta de todo. Las tapas y el dulce de leche están todavía en la heladera.



Stefania Rossini

La casa de Harry Dean parece estar en el centro de nada, rodeada de tierra seca. Pero pegados a las paredes exteriores se amontonan como una trinchera, una cantidad de cactus de todo tipo de tamaños y colores que van del morado al amarillo. Después de una noche de pesadillas, Harry, en calzoncillos y musculosa blanca, botas texanas y sombrero de paja, riega con una manguera. Detrás de él se ven pálidas, a través de una neblina leve, las montañas. En eso llega una camioneta de la que baja Muñeca.

Estaba preocupada por él, en el bar todos conocen el episodio del desmayo y la visita al médico, y decidió pasar a verlo. Después de un momento de incomodidad, cuando Harry ya se vistió y Muñeca mira las fotos colgadas en las paredes, él le pregunta si le gustan los programas de juegos. Muñeca le contesta "Do you smoke grass?" Entonces ahí estamos los tres sentados en el sillón del living, pasándonos un porro. En la tele vemos un show en blanco y negro de un tal Liberace que toca increíble el piano. El tipo lleva anillos de piedras grandes en cada dedo y Harry dice que lo más impresionante es que pueda tocar con todo ese peso. Muñeca se atraganta con el humo y todos nos tentamos. Después cae un silencio rotundo y Muñeca se levanta y dice que llega tarde al trabajo. Cuando Harry y yo nos quedamos solos, él dice "Hey", y pregunta si me puede contar un secreto, si puedo prometerle que no se lo voy a contar a nadie. Harry me dice "tengo miedo". Le digo que ya lo sé.